**63. CEB 24. Alfonso Acevedo. Animador mártir de CEBs.**

Luis Van de Velde. Comunidades Eclesiales de base.

Estamos acercándonos al 37 aniversario del martirio de nuestro hermano Alfonso Acevedo. Lo conocimos como Foncho. Durante 26 meses he podido compartir con Alfonso la experiencia pastoral de las CEBs en la zona de San Ramón, Mejicanos. Hablamos del período entre 1978 y 1980. Ya se había formado CEBs en varias colonias de San Ramón. Ha sido el trabajo misionero del Padre Rogelio Ponseele y de animadores de CEBs en Zacamil. Con Foncho formamos un dúo, que junto con el equipo pastoral de la zona (animadores/as de las diferentes CEBs) acompañaba las mismas comunidades. Eran tiempos de creciente represión en contra de las organizaciones populares (también activas en el sector) y en contra del trabajo evangelizador de la Iglesia. La noche del día 12 de septiembre de 1982 Alfonso fue sacado con violencia de su vivienda, torturado y luego asesinado y tirado su cuerpo en un basurero.

Llama la atención que el cuerpo asesinado de Foncho ha sido enterrado en la Iglesia San Francisco, Mejicanos, a la par de la tumba del Padre Octavio Ortiz. Las comunidades eclesiales de base y apoyadas por Monseñor Ricardo Urioste, vicario de la arquidiócesis, consideraban que era necesario y justo que su cuerpo acribillado estuviera en la tumba del templo donde las comunidades de la Zacamil y otros sectores celebraban su fe junto con las CEBs de la San Francisco. En el canto popular sobre Alfonso las comunidades cantan “*Nosotros te consagramos sacerdote de verdad, porque animabas a nuestra comunidad, te entregaste noche y día con generosidad*”. Como los sacerdotes (ordenados) asesinados, Alfonso ha sido enterrado en el templo de la comunidad. La parroquia de San Francisco Mejicanos custodia su tumba. Foncho vivió de lleno su misión sacerdotal que tiene sus raíces en su bautismo. La comunidad lo consagró sacerdote de verdad. Es decir, la iglesia como tal, reconoce que la vida de un laico de entrega y servicio pastoral, así como Alfonso lo ha vivido desde su entrada a la experiencia de las CEBS, es realmente el modelo de sacerdocio que habrá que seguir desarrollando para serle fiel a Jesús.

El martirio coronó su entrega. Recuerdo que Monseñor Romero decía que no consideraba que el merecía la gracia del martirio. A lo mejor Alfonso puede haber pensado lo mismo. Pero a pesar de todo siguió fielmente el camino de su conversión, de su entrega, de su servicio. Las amenazas no lo detuvieron.

Edith, que en aquel tiempo era miembro de la comunidad de los jóvenes en San Ramón, nos ha recordado varias veces que Foncho decía: “visítense, visítense, visítense”, reforzando la mística de las CEBs que nacieron desde la Zacamil. Alfonso daba el ejemplo, sea antes de ir a trabajar y al retornar de su trabajo, los fines de semana, siempre visitaba: compartiendo, escuchando, animando, consolando, orientando, motivando. Alfonso era un pastor, sacerdote “de verdad”, muy cercano a la gente, especialmente a aquellos que sufrían, sea por la represión, por la pobreza, por el fracaso del matrimonio, por el abandono,…. Foncho vivía para la comunidad eclesial de base, cargando así también la cruz de incomprensiones de parte de su propia familia. No es fácil encontrar el sano equilibrio entre la entrega total a la comunidad y responsabilidades con la pareja y los hijos/as. De hecho, Alfonso había aprendido a dar prioridad a las y los pobres de la comunidad.

En un momento dado se empezó a llamar al mártir Alfonso con el nombre de “catequista”. Si esto se refiere al trabajo pastoral de enseñar la catequesis a niños/as, o a la misión de Monseñor Romero cuando dijo que quería ser el catequista de la arquidiócesis (el encargado de enseñar la doctrina, el mensaje de Jesús y de la iglesia en la realidad histórica), entonces el nombre de catequista no cubre la misión de Foncho. El ha sido un animador fiel de comunidades eclesiales de base y como tal asumió muchas tareas y prestó muchos servicios en el camino de Jesús vivido en la realidad histórica. Creo que la figura de los y las catequistas en los cantones alejados, se acerca más a lo vivido por Alfonso.

Alfonso ha sido un animador humilde que ha sabido transformar las heridas (fracasos) en su propia vida (familiar) en cercanía fraterna con otras personas, parejas, familias en dificultades. Alfonso no condenaba, no rechazaba, sino daba la mano. En las visitas demostró su fidelidad. En medio de las tormentas de la vida y de la historia, supo estar presente, solidariamente, animando y dando confianza.

Su ejemplo en el sacerdocio sigue más que actual: las y los laicos llamados a asumir en plenitud su misión sacerdotal. Como mártir nos ilumina el camino a andar. (8 de septiembre de 2019)